ANTONIO MACHADO, EN SORIA

Por

HELIODORO CARPINTERO

El tema que voy a tratar es «*ANTONIO MACHADO EN SORIA*». Tema, sin duda, aquí conocido, sobre todo referido a algunos hechos concretos que constituyeron la peripecia humana de don Antonio en Soria.

Repetir tales hechos, sería no estar a la altura del momento. Por ello, siguiendo el hilo de la historia de aquellos cinco años —que tan decisivos fueron en la vida y en la obra de Antonio Machado—, trataremos de bucear en la «intrahistoria», a fin de esclarecer hasta donde nos sea posible, cuanto en aquellos años hubo de azar, de voluntad y de destino.

Es sabido que Machado vino a Soria porque ganó la cátedra de francés de este Instituto. Son menos, los que saben las circunstancias que concurrieron en aquellas oposiciones, que fueron largas y difíciles. Se convocaron el 1.º de agosto de 1905 y se dieron los nombramientos el 16 de abril de 1907. Duraron, pues, diez y nueve meses y medio. Tendremos idea de la dura lucha que entrañaron cuando sepamos que se presentaron ciento veinticinco aspirantes para cubrir siete vacantes; casi dieciocho opositores por plaza.

No es exacto lo que dice su hermano José cuando afirma: «...eligió Soria, pudiendo haber elegido, como buen andaluz, Baeza». Baeza la escogió el número dos de la oposición. Antonio Machado, que obtuvo el número seis, no tuvo más opción que Soria u Orense. Optó por Soria, probablemente, por la mayor proximidad a Madrid, donde quedaban la madre y los hermanos. No es aventurado pensar las íntimas perplejidades que asediarían su alma ante aquella separación familiar. Por otro lado, comprobamos que no agotó el plazo posesorio, lo que muestra la urgencia de su colocación.

En una noche de tren y duermevela, pasaba Antonio Machado de un mundo que pronto seduce a un mundo que sosegadamente persuade; de una cultura de papel impreso y tertulia de café, a una cultura rural y esencial.

Se dirá —y con razón— que la toma de conciencia de cambio tan radical, requiere su tiempo. Lo que sí pudo comprobar de modo inmediato es que entraba en un mundo «distinto». El aire, la luz, los olores, los sabores, la fonética soriana, todo tenía un sello peculiar y distinto. ¿Qué ecos, hasta entonces no sentidos, resonaron en su alma? Porque no cabe duda de que su alma sintió una profunda conmoción. Una conmoción que, de alguna manera, parecía un enamoramiento:

...verde sueño
del suelo gris y de la parda tierra,
agria melancolía
de la ciudad decrépita,
¿me habéis llegado al alma
o acaso estábais en el fondo de ella?

¿Qué Sorias sumergidas o dormidas llevaba en su alma el poeta, hasta que sus ojos descubrieron la Soria real? ¿Qué extraños recuerdos de ignorados olvidos se despertaron en su alma? «*Así el amante, el enamorado, recuerda a la amada, y llora por el largo olvido en que la tuvo antes de conocerla*».

Sabemos que Machado no fue poeta fácil. «*Toda composición* —escribió— *requiere, por lo menos, diez años para producirse*». Pues bien, bastaron cinco días de mayo y quince de septiembre, para que pudiera incluir en «Soledades. Galerías. Otros poemas», que se publicó a fines de 1907, varios poemas «sorianos».

Quiero referirme particularmente a uno que tituló «*Acaso...*», que publicó en «Revista Latina» el 30 de octubre de 1907:

.....
del amplio río en el caudal sonoro
se miraban los álamos gentiles.
Tras de tanto camino es la primera
vez que miro brotar la primavera,
dije, y después, declamatoriamente:

—¡Cuán tarde ya para la dicha mía!—
Y luego, al caminar, como quien siente
alas de otra ilusión: —Y todavía
¡yo alcanzaré mi juventud un día!

En una de sus teorías sobre el amor —aunque la formulara su «complementario» Abel Martín— el amor es, en sus comienzos, algo como una emoción primaveral, un florecer de la propia vida que se acompaña con una inquietud de espera:

¡Primavera soriana, primavera
humilde, como el sueño de un bendito,
de un pobre caminante que durmiera
de cansancio en un páramo infinito!

Y de pronto, aquel maravilloso despertar ante el milagro de una doble primavera: la del campo soriano y la de su corazón. Ocurrió, en el que sería —por fidelidad y por gratitud— su paseo habitual, su constante cita de amor:

...álamos dorados,
álamos del camino en la ribera
del Duero, entre San Polo y San Saturio,
tras las murallas viejas
de Soria.

¿Demasiado tarde para cambio tan radical? Se comprende que de vez en cuando le asaltara el temor de que aquello no fuera más que un sueño. Pero, no dejaría de arrepentirse de sus propios temores, porque tenía el claro presentimiento de que no se trataba ni de un sueño ni de una ilusión. Era una esperanza que por momentos se hacía tangible: que brotaba una primavera en su corazón.

Conviene hacer aquí una importante aclaración: que no estoy aludiendo en modo alguno a Leonor, cuya figura no había entrado aún en escena, en el drama vital de don Antonio. Me refiero sencillamente al momento maravilloso y concreto en el que Machado «despierta al amor», teniendo en cuenta su propio pensar respecto a dicho despertar:

«*El amor comienza a revelarse como un súbito incremento del caudal de vida, sin que, en verdad, aparezca objeto concreto al cual tienda*». Que era precisamente lo que estaba aconteciendo.

Más de una vez, releyendo a Machado en sus poemas, en sus prosas, en sus cartas, he podido comprobar la constancia de su cariño por Soria, desde el momento en que pisó su tierra, hasta la muerte. Acaso ha desviado el estudio de este amor, el gran capítulo del enamoramiento, boda y prematura muerte de Leonor. No se ha parado a pensar que Soria precedió en el amor de Machado, al que luego sintió por Leonor. Aunque ambos amores constituyeran un solo amor

Espigaré algunas muestras de cariño, a lo largo de los años posteriores a su estancia:

En 1913, escribe a don Miguel de Unamuno: «*Tengo motivos que usted conoce para un gran amor a la tierra de Soria; pero tampoco me faltan para amar a esta Andalucía donde he nacido. Sin embargo, reconozco la superioridad espiritual de las tierras pobres del alto Duero*».

En 1920, escribe a Pedro Chico: «*Vive usted en un pueblo al que profeso un cariño entrañable. Si la felicidad es algo posible y real —lo que a veces pienso— yo la identizo mentalmente con los años de mi vida en Soria*».

Y el mismo año, con fórmula inicial semejante, se dirige a Gerardo Diego: «*Hoy vive usted en una tierra tan profundamente poética... Trabaje usted ahí y no cambie ese rincón por ningún otro*».

En el poema «Campos de Soria», vuelve el poeta a la querencia de su paisaje favorito:

álamos del amor cerca del agua
que corre y pasa y sueña,
álamos de las márgenes del Duero,
conmigo váis, mi corazón os lleva!

Se diría que se trata de una lírica despedida. Pero el poema apareció en «Campos de Castilla», cuyo original —a excepción de «La tierra de Alvargónzalez— fue entregado a «Renacimiento» antes de emprender el viaje a París, es decir, en días de completa felicidad.

Y en el poema «Recuerdos», consumada su desgracia, escribe en Baeza:

En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.
Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,
por los floridos valles, mi corazón te lleva.

Por si todo fuera poco, añadiré una íntima confesión a los organizadores del homenaje que el Ayuntamiento de Soria, en nombre de toda la Ciudad, le rindió en 1932, al nombrarle «hijo adoptivo de la Ciudad».

Machado respondió: «*Para aceptar tan desmedido homenaje sólo me anima esta consideración: El hijo adoptivo de vuestra ciudad ya hace muchos años que ha adoptado a Soria como Patria ideal*».

Jamás he creído que el amor nazca siempre «sin razón». Por el contrario, siempre he pensado que todo verdadero amor nace siempre de una «constelación de razones». El aforismo que proponía Ortega, como tema general para la psicología del amor, me parece justo y perfecto: «Siendo el amor el acto más delicado y total de un alma, en él se reflejarán la condición e índole de ésta».

Los innumerables visitantes que llegan a Soria —de todo el mundo— atraídos por la obra poética de Machado, vienen a corroborar la visión del poeta, pero vienen también —con mayor o menor consciencia— a conocer mejor el alma de su admirado Antonio Machado.

Para valorar debidamente lo que supuso Soria a Machado —como hombre y como poeta— es preciso —aunque sea de modo abreviado— señalar las circunstancias de la vida de don Antonio antes de 1907, es decir, antes de su llegada a la pequeña y alta Soria.

Nació en Sevilla, en el palacio de las Dueñas. «*Este es un detalle de alguna importancia. La arquitectura interna de la casa en que nací, sus patios y azoteas han dejado honda huella en mi espíritu*».

La infancia de don Antonio, en aquel marco de singular belleza, se desenvuelve en un ambiente de sólido bienestar material y espiritual. La sala de aquel hogar era centro político, cultural y social. Lo presidía la gran figura y política y científica del abuelo, D. Antonio Machado Núñez, y en él brillaba la singular figura de doña Cipriana Álvarez Durán, sobrina del «patriarca literario de la fami-

lia», don Agustín Durán, del que heredó gusto por las artes y las letras. «*Yo aprendí a leer* —recordará don Antonio— *en el Romancero general que compiló mi buen tío*». Allí brillaba también la figura ardiente, generosa y altruista del joven padre, don Antonio Machado Álvarez —«Demófilo», amante del pueblo—, apasionado rebuscador del «saber popular» o folklore. Siendo como era, un padre amantísimo, diría a un amigo: «Advierto a usted que yo quiero a mi hijo Antonio con delirio».

Fina, menuda, conservando muchos rasgos de su reciente adolescencia, y ya madre de dos hijos, doña Ana Ruiz, quien con su sola presencia daba seguridad a los niños, serenaba al esposo y se sentía hija de sus nuevos padres, y hasta las cosas que la rodeaban cobraban tranquilidad y sentido:

Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,
casi de primavera,
tarde sin flores, cuando me traías
el buen perfume de la hierbabuena,
y de la buena albahaca,
que tenía mi madre en sus macetas.

Éste fue el mundo refinadamente bello, culto, armonioso y lleno de amor, en el que Antonio Machado vivió su infancia, «esa riqueza preciosa y regia, ese camarín que guarda los tesoros del recuerdo» —en expresión de Rilke—. Sevilla, el palacio «*con su rumor de fuente*»; aquella su primera y cándida emoción infantil, «*entre los jazmines y las rosas blancas*», cuyo hermoso misterio cruza algunas de las más bellas páginas de «Soledades».

Pero la familia seguía aumentando. Eran ya cuatro los hermanos. Al padre, «criatura bondadosa como pocas, afanosa por todo lo bueno y de labor tan perseverante que le permitía trabajar con lucidez y provecho en el edificio de la civilización y la regeneración de la patria y de la humanidad» —escribía don Joaquín Sama—, no le producían provecho personal alguno ni acaso, lo intentaba.

Pensando en el porvenir de aquellos hijos, el abuelo, a sus setenta y un años, tuvo ocasión de traslado a la Universidad de Madrid, y no vaciló en hacerlo. Allí habría más oportunidades. En

septiembre de 1883, hicieron el traslado. Antonio había cumplido los ocho años.

A poco de su llegada a Madrid, los niños Manuel, Antonio y José Machado estaban matriculados en la Institución Libre de Enseñanza, entonces en Infantas, 22. En ella permaneció Antonio seis cursos: «*...y conservo gran amor a mis maestros: Giner de los Ríos, el imponderable, Cossío, Caso, Sela, Sama (ya muerto), Rubio, Costa (don Joaquín —a quien no volví a ver desde mis nueve años)*», escribirá Machado, hacia sus cuarenta años.

En Madrid, vivieron en ocho casas; nacieron seis hijos más, de los que sólo Francisco sobrevivió. Ciprianita, murió a los quince años. De los cuatro restantes, apenas si queda el recuerdo de sus nombres.

El padre seguía trabajando, sin lograr independencia económica. Tampoco gozaba de salud.

La gran familia había iniciado su decadencia económica. De Apodaca, 5, salió el padre, hacia Puerto Rico, con un destino conseguido por el abuelo, en 1892. Al año siguiente, uno de sus cuñados tuvo que ir a recogerlo, tan gravemente enfermo, que murió en Sevilla. De Fuencarral, 98, salió muerto el abuelo, en 1896. De Fuencarral, 148, salieron muertas Ciprianita, en 1900, y la abuela, en 1904.

Sin piedad, la pluma de Juan Ramón Jiménez trazó una síntesis cruel, de la cota más baja vivida por los Machado: «Madrid. Abuela queda viuda y regala la casa. Madre inútil. Todos viven pequeña renta abuela. Casa desmantelada. Familia empeña muebles. No trabajan, ya hombres. Casa de la picaresca. Venta de libros viejos. Muere la abuela». Sobre el fondo de posible realidad, Juan Ramón acentúa la negrura:

¡Qué difícil es
cuando todo baja
no bajar también!

La verdad es que la muerte del abuelo impuso severas medidas: se mudaron a una casa más barata; Joaquín, a sus quince años, marchó a Guatemala, de la que regresaría pobre y enfermo; Manuel, marchó con los abuelos maternos, y regresaría con la Licenciatura de Filosofía y Letras. El juicio sobre doña Ana es totalmente injusto.

Nunca fue dueña y señora de su casa; siempre vivió como hija, a pesar de dar al mundo diez hijos, de los que sólo vivieron cinco.

Las desgracias y el continuo empobrecimiento familiar tuvieron que repercutir en la sensibilidad de un niño sensible por naturaleza.

Cuenta Machado, con fecha 12 de junio de 1914:

«*Recuerdo que siendo niño, a mis seis o siete años, estábame una mañana de sol sentado, en compañía de mi abuela, en un banco de la plaza de la Magdalena, y que tenía una caña dulce... Pasaba otro niño. Llevaba también una caña de azúcar...*

»*...Pregunté a mi abuela: ¿No es verdad que mi caña es mayor que la de ese niño?...*

»*Pero mi abuela no tardó en responder, con un acento de verdad y de cariño...: 'Al contrario, hijo mío; la de ese niño es mucho mayor que la tuya'.*

»*Parece imposible que este trivial suceso haya tenido tanta influencia en mi vida. Todo lo que soy —bueno y malo—, cuanto hay en mí de reflexión y de fracaso, lo debo al recuerdo de mi caña dulce*».

La interpretación de «este trivial suceso» resulta muy significativa. El niño Antonio actuó como lo que era: un niño. Machado, adulto, «quería seguir siendo un niño». Sin duda lo fue toda su vida, para bien y para mal.

José Machado ha recordado lo que solía decir su madre: «Antonio no ha tenido nunca esa alegría propia de la juventud».

Desaliñado y tristón, lento y torpe de movimientos, enemigo de toda clase de mecanismos, Antonio no fue nunca el joven despreocupado y bohemio que a veces se ha dicho. Es verdad que su vida interior no le impidió ver y reflexionar sobre la realidad que le circundaba y que, en general, no era de su agrado: «*Mi vida está hecha más de resignación que de rebeldía...*». Confortaba y fortalecía su resignación, con el trato constante de los grandes muertos: «*He asistido durante veinte años, casi diariamente, a la Biblioteca Nacional*». Ésa fue su universidad. Sin planes de estudio, sin programas, sin compañeros con los que poder hablar y discutir. Solo, entre la multitud de lectores solos. Así durante veinte años. La voluntad que requiere tan largo y duro noviciado, es incalculable, y el fruto que pudo obtener no estaba probablemente en proporción al esfuerzo. Con todo, no hay esfuerzo estéril. Es posible que gracias

a él, pudiera preparar —sin más título que el de bachiller— la oposición a cátedras de francés.

Pienso que a don Antonio Machado no se le pudo ocurrir el hacer tal oposición. En mi sentir, fue obra de amor y de pleno conocimiento del mundo difícil de las oposiciones. No puedo documentar la certeza moral de que el inspirador y director de la preparación fue don Eduardo Benot, amigo entrañable del abuelo de Machado y, acaso, el único que ayudó a la pobre familia, en sus horas más tristes. Sabemos que Manuel y Antonio trabajaron en el «Diccionario de ideas afines», y José fue lector, cuando el «venerable maestro» tuvo que ahorrar esfuerzo a sus cansados ojos. Ojos que se cerraron para siempre el 27 de julio de 1907. Murió con la gran tranquilidad de ver situado en la vida a Antonio, criatura singular y admirable pero desvalido para la lucha por la vida. Antonio, con su gran bondad y esfuerzo, no le defraudó.

Ahora estamos en condiciones de comprender un poco mejor cuanto Soria pudo significar para Antonio Machado.

Nos hemos referido ya a la fulminante inspiración creadora que le suscitó, con doble emoción primaveral, en su primera contemplación, junto a los álamos gentiles que se miraban en el Duero, y al sentir en su alma una promesa de futura juventud. Aunque fuera mucho lo que la primavera soriana ponía en aquella situación —tanto, que el poeta se complacerá en insistir en esa nota temática:

...En la estepa
del alto Duero, Primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...

pero no es menos cierto que, en aquel momento, su vida acaba de dar un giro de ciento ochenta grados. Es ahora —próximo a cumplir los treinta y dos años— cuando puede decir con entera verdad, que acaba de estrenar unos nuevos ojos. Quedaban a su espalda aquellos años dolorosos en los que pudo sentirse

como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta

se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento...

Por vez primera puede decir con sosiego:

A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Un digno puesto de trabajo; un modo razonable y honesto de ganar el pan; la esperanza de vivir una juventud no vivida, eran razones suficientes de íntima satisfacción.

No se piense, por cuanto queda dicho, que olvide el que Antonio Machado, a más de ser un hombre bueno y humanísimo, era un poeta que tenía publicado un pequeño gran libro de poemas —«Soledades»—, que ahora iba a ampliar en «Soledades. Galerías. Otros poemas». El propio Machado fue quien sugirió el punto de vista adoptado: «*Ha sido casi siempre la poesía el arte que no puede convertirse en actividad única, en profesión... un hombre consagrado a la poesía paréceme que no será un poeta. Porque el poeta no sacará nunca la poesía de la poesía misma. Al margen de su vida de soldado, Jorge Manrique escribió sus coplas inmortales, y Garcilaso, sus bellas églogas*».

Al margen de su labor profesoral —que Machado ejerció sin especial entusiasmo, pero sí con toda honestidad y claro sentido de su deber— el poeta irá creando su obra con exigente autenticidad. ¿Qué parte puso en ella realmente Soria? Creo que fue Unamuno quien acertó con la respuesta: «Es todo un poeta Machado y Soria le ha suscitado un fondo del alma que, a caso, de no haber ido ahí dormiría en él».

Otro importante capítulo en el haber de Soria se llamaría Leonor. Aquel ilusionado «*¡yo alcanzaré mi juventud un día!*» se convirtió en hermosa realidad, ya que, según el propio Machado, la juventud «*es casi toda ella anhelo de porvenir y, por ende, ansia de todo lo posible*».

Ansia y anhelo que logró despertar en su alma aquella mujer en capullo, toda sensibilidad, con una inmensa carga de ternuras

que dar y una gran sed de ternuras, malogradas en su niñez, que recibir:

tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.

Quisiera saber y poder expresar lo inefable. Porque nada lo es en tan alto grado como el nacimiento del amor, en su sentido más puro y más hondo. Cabe aproximarse al misterio con delicado respeto.

«*El hombre que en plena juventud* —son sus palabras— *no logró inquietar demasiado el corazón femenino*» no pudo mirar a Leonor, cuando la conoció, más que como lo que era: una niña de trece años que, sin duda, tuvo que evocarle a la hermana muerta. Así comenzaría a tratarla. En realidad, como la trataban todos los compañeros de pensión. Y la niña respondería con un respeto lleno de naturalidad y agrado. Pronto comenzaría a sentir curiosidad por los papeles y los libros de don Antonio —sin olvidar el dejarlos como él los tuviera—. Pero se podría asegurar que no pasaría por su mente idea alguna de noviazgo.

Es difícil hoy imaginar la vida de una niña de su edad, en una capital de provincia, de una de esas provincias de tercera clase, allá por los años 1907 a 1909. Carecemos de referencias auténticas. No se trata de que fueran aquéllas mejores ni peores que las niñas de hoy. Eran sencillamente distintas.

De otra parte, sería enteramente gratuito hablar de «flechazo». ¿Qué hubo, pues? En mi sentir, sólo hubo una lenta acomodación por parte de don Antonio a una vida para él enteramente nueva. Una vida en la que libertad y orden, respeto y afabilidad se daban con toda naturalidad y armonía.

Don Antonio parece que nunca se distinguió por hablador. Pero cuantos le trataron recuerdan que tenía gracejo, sencillez y llaneza en cuanto decía.

No creo forzar los hechos si digo que es muy posible que don Antonio pensara por vez primera en Leonor, cuando estuvo lejos de ella, como pudo ser en época de vacaciones. Acaso fue entonces cuando advirtió que le faltaba su voz —«*tu voz de niña en mi*

oído»—; aquella voz que, insensiblemente, se había hecho «costumbre» en su oído. Aunque tal vez, en aquel momento oyó la voz de su madre (Machado tiene una segunda versión del episodio de «la caña de azúcar», que siendo esencialmente igual que la primera, él caminaba con su madre, y a la pregunta que ya conocemos, la madre respondió: —«No, hijo. ¿Dónde tienes los ojos?». Y termina diciendo: «*He aquí lo que yo he seguido preguntándome toda mi vida*») reiterándole la pregunta. Y ojos y oídos tuvieron que iniciar un complicado debate que duró casi dos años. Lo que sí puede afirmarse es que no procedió arrebatadamente, sino tras lento, íntimo y voluntario noviciado. Cuando llegó al convencimiento de la verdad y hondura de su amor, y antes de dar estado público a sus propósitos, ante el temor de un fracaso, acudió a un curioso procedimiento para conocer, sin preguntar, la actitud de Leonor. Escribió un poema, con el título de «Soledades», y por lema «Ofelia, vete a un convento» (Shakespeare):

¡Hoy he visto a una monjita
tan bonita!

Y terminaba:

¡Todas las mujeres bellas
fueran, como tú, doncella,
en un convento a encerrarse!...
Y la niña que yo quiero,
¡ay! preferirá casarse
con un mocito barbero,

dejó la curiosa declaración de amor, con cuidadoso descuido, con la seguridad de que enteraba de sus sentimientos a la curiosa lectora. Leonor leyó y calló. Pero no supo evitar —a los ojos espías del poeta— el resplandor feliz de su mirada. Esto pudo ocurrir a fines de enero de 1909.

En una entrevista que hizo a doña Concha Cuevas, tía de Leonor, mi amiga y fina hispanista Jeanne Lafon —de cuyo resultado me ofreció una copia—, puede leerse:

—«¿Le sorprendió a Vd. cuando supo que la había pedido?

—Sí; estuve muy sorprendida cuando mi hermana —su madre— me dijo: '¿Sabes que don Antonio quiere a la chica? Vino anoche a pedírnosla, de improviso'.

—¿Cómo era Leonor?

—De talla, mediana; el cabello, castaño, un poco ondulado; no se ponía afeites: una niña; los ojos, morenos oscuros; la tez, más bien sonrosada; la voz, un poco aniñada. Le parecía en todo a su madre».

Creo que éste es un buen retrato de Leonor, dicho con naturalidad y con precisión muy soriana.

Así comenzó la alegría del breve noviazgo de Antonio Machado. Fue tan plena, que le inspiró su tal vez más vital y dichoso poema, que tituló «Amanecer de otoño», y publicó aquel año «La Lectura». Al pasar a «Poesías Completas» cambió el título por el de «Pascua de Resurrección» (aquel año, el 11 de abril):

Mirad: el arco de la vida traza
el iris sobre el campo que verdea.
Buscad vuestros amores, doncellitas,
donde brota la fuente de la piedra.
En donde el agua ríe y sueña y pasa,
allí el romance del amor se cuenta
.....
¡Oh, celebrad este domingo claro,
madrecitas en flor, vuestras entrañas nuevas!
.....

Como todos saben, la boda tuvo lugar en la soriana iglesia de Santa María la Mayor, el día 30 de julio de 1909.

Al llegar a este punto, es indispensable poner en claro una afirmación verdadera de Machado, referente al día de su boda, pero que tal como la dice predispone a una interpretación totalmente falsa.

Entre las cartas de amor de Antonio Machado a «Guiomar», que publicó Concha Espina, en una de ellas, Machado cuenta dos sueños que ha tenido —«bueno y malo»—. Primero cuenta el sueño malo —que ahora no viene al caso—. Luego, pasa a contar el «sueño bueno»:

«Soñé sencillamente que me casaba contigo, después de una breve historia de amor... Era en una de estas viejas ciudades de mi destierro que el sueño no precisa —Segovia, Soria—, vieja ciudad de Castilla... era en una iglesia, ésta la recuerdo muy bien, la de Santa María la Mayor, donde yo me casé. Allí estuvimos arrodillados juntos, después de la ceremonia. Había un enorme gentío y tocaba el órgano. El sueño se complicaba con recuerdos auténticos de mi boda, pero con otra diferencia: mi estado de espíritu era en esta ocasión de una alegría rebosante, todo lo contrario de lo que fue en mis nupcias auténticas. La ceremonia fue entonces para mí un verdadero martirio».

Como Machado no alude a la causa real de aquel martirio, en una ceremonia que protagonizan un hombre y una mujer, deja a ésta en una ingrata situación, con su egoísta olvido. El hecho real hirió tanto a don Antonio como a su inocente Leonor. Hirió también a las madres de los novios.

«Tierra Soriana», del sábado 31 de julio de 1909, publicaba la noticia de la boda. Tras las consabidas fórmulas inevitables, separada por un asterisco, añadía unas líneas para noticiar unos abusos que se habían cometido; causa única, sin la menor duda, del mal recuerdo de Machado:

«A propósito de la ceremonia de ayer, no nos explicamos todavía la insana curiosidad que en actos semejantes se suele despertar en gentes desocupadas.

»Tampoco nos explicamos lo ocurrido anoche en la estación, donde unos cuantos jóvenes ineducados faltaron al respeto debido a todo el mundo y que desdicen mucho de la indudable cultura de nuestro pueblo».

La multitud de curiosos pudo molestar, sin voluntad de hacerlo y, desde luego, sin ofender. Los autores de la gamberrada no fueron otros que un grupo de jóvenes —estudiantes de Facultad en vacaciones—, hijos de familias respetables y conocidas, que convirtieron la comitiva nupcial —que se realizaba procesionalmente a pie— en una carnavalada, y que la continuaron en la estación, arrastrando acaso a otros elementos irresponsables, cuando los novios emprendieron el viaje de bodas. El aludir a «la indudable cultura de nuestro pueblo» era una excesiva prudencia del periodista, para no en-

frentarse con los verdaderos causantes, hijos —como queda dicho— de respetables e influyentes familias.

Don Antonio no consiguió olvidar aquella afrenta. En el Cuaderno de los «Complementarios», y fechado en Baeza, el 2 de mayo de 1914, hay un extraño escrito, «Fragmento de pesadilla», en el cual, como restos de un naufragio, se entrecruzan recuerdos y alusiones de aquel día nefasto.

Y en la «Revista de Occidente», en 1931, apareció «Recuerdos de sueño, fiebre y duermivela» —«una de las piezas más importantes, sorprendentes y extrañas de la lírica de Machado... En ninguna de sus evocaciones de Leonor, alcanza su palabra un grado tal de intimidad alucinada»— con palabras de Luis Rosales.

Del primer trabajo advierte Machado que «es trascripción casi exacta de un sueño. Documento no es arte».

Documento, carta a «Guiomar» y «Recuerdos de sueño...» son variaciones sobre el tema del recuerdo que le martirizó. Como las cartas se publicaron mutiladas y sin fechas, su valor documental queda diferido a que un día aparezcan debidamente. Con todo, pienso que la carta aludida y el poema son de una misma época. Sospecho que en el poema quiso Machado enmendar —si no lo hacía ya en la carta— la desairada situación en la que colocaba a Leonor con su injusto egoísmo o con otra intención. Queda, pues, pendiente al conocimiento completo de los textos.

El viaje a París, con una pensión para ampliar estudios, es otra muestra de la nueva juventud lograda por Machado. Lleva un doble objetivo: estudiar y regalar una gran ilusión a Leonor, con un año de estancia en París.

Marcharon después de Reyes de 1911, como dos novios. Ambos llevaban a Soria en sus corazones. El 21 de enero, escribía él:

«Querida abuela, ya nos tiene en París, gozando de perfecta salud, contentos y satisfechos de nuestra excursión, pero recordando mucho a ustedes, a quienes deseamos toda suerte de prosperidades, Antonio. — Muchos besos de su nieta, Leonor».

Machado sigue un curso de Bergson y estudia con Bedier. Leonor ha hecho amistad con Francisca Sánchez, la fiel compañera de Rubén Darío. Todos los mediodías espera a Antonio en los jardines de Luxemburgo, y gozosos corretean como muchachos, descubriendo acogedores restaurantes.

Tanta es la felicidad que sienten, que quieren que, de algún modo, Soria participe. Y Machado envía dos «Crónicas de París» a «Tierra Soriana» bajo la firma «El Corresponsal». ¿Puede darse muestra mejor de cariño a Soria?

Pero esa felicidad, tiene contadas sus horas. El 14 de julio —entre el júbilo de París— Leonor sufre el primer vómito de sangre, y don Antonio, el primer martirio serio: la terrible soledad, entre la multitud.

Cincuenta y cinco días en la *Maison Municipale de Santé.* El 6 de septiembre, escribe a Rubén Darío: «*Le supongo al tanto de nuestras desventuras por Paca y Mariquita... Leonor se encuentra algo mejorada y los médicos me ordenan que me la lleve a España... He aquí mi conflicto. ¿Podría usted adelantarme 250 o 300 francos, que yo le pagaría a usted a mi llegada a Soria? Tengo algunos trabajos para la revista, que le remitiré si usted quiere...*».

Rubén respondió como amigo verdadero. La revista «Mundial Magazine», en su número 9, enero 1912, dio la versión en prosa de «La tierra de Alvargonzález».

De nuevo en Soria, esperando «otro milagro de la primavera». La estampa de don Antonio empujando la silla infantil en la que llevaba el cuerpo adorado y maltrecho de su mujer —ante el respeto admirativo de la ciudad—, creó la leyenda. La muerte de Leonor, el 1 de agosto de 1912, recién cumplidos los diez y ocho años, hizo que su nombre y el de Soria sellaran para siempre a Antonio Machado.

De poco sirvió que, pensando y sintiendo con nobleza y con verdad, dijera: «*La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero por sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada extraordinario en este sentimiento mío. Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere*». Tal escribía a Unamuno en 1913.

Y a la propia «Guiomar», le dice en una de sus cartas: «*Solamente el recuerdo de mi mujer queda en mí, porque la muerte y la piedad lo ha consagrado*».

Usa, como veinte años antes, la misma hermosa palabra, «piedad», con toda la patética carga de amor y de com-pasión que lleva

en sí la palabra. En ese «piadoso» recuerdo estuvo siempre implicada Soria:

«Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada —allí me casé; allí perdí a mi esposa, a quien adoraba— orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano».

Un año antes de morir Antonio Machado, un periodista que le entrevistó, escribió: «Recordamos a Machado cómo toda su obra poética está influenciada por dos temas preferentes: El tema castellano —sobrio y austero— y el tema andaluz, más lírico e impregnado de sabor popular. Machado respondió:

—«No es extraño. Soy hombre extraordinariamente sensible al lugar en que vivo. La geografía, las tradiciones, las costumbres de las poblaciones por donde paso, me impresionan profundamente y dejan huella en mi espíritu. Allá, en el año 1907, fui destinado como catedrático a Soria. Soria es lugar rico en tradiciones poéticas. Allí nace el Duero, que tanto papel juega en nuestra historia. Allí, entre San Esteban de Gormaz y Medinaceli, se produjo el monumento literario del poema del Cid. Por si ello fuera poco, guardo de allí el recuerdo de mi breve matrimonio con una mujer a la que adoré con pasión y que la muerte me arrebató. Y 'viví y sentí' aquel ambiente con toda intensidad. Subí a Urbión, al nacimiento del Duero. Hice excursiones a Salas, escenario de la trágica leyenda de los Infantes. Y allí nació mi poema de Alvargonzález».

Tales son las razones del fruto de aquellos cinco años de estancia en Soria: que ella significó un cambio radical en la vida del hombre Antonio Machado. Que allí encontró el amor de una mujer a la que adoró con pasión. Que vivió Soria con toda la intensidad de su sensibilidad de poeta. Y Soria se le reveló.

Veamos, para terminar, algunos aspectos de la misma.

Una de las primeras cosas que tuvo que advertir, fue sin duda el hermoso «son» que en Soria tiene la lengua de Castilla, que «*parece tener allí su propio y más limpio manantial*», haciendo de Soria «*una ciudad para poetas*». Allí se le reveló el perenne hechizo de la obra poética de Gonzalo de Berceo:

Su verso es dulce y grave: monótonas hileras
de chopos invernales en donde nada brilla;

renglones como surcos en pardas sementeras,
y lejos, las montañas azules de Castilla.

También desde el primer momento, se produjo un acorde entre su modo de ser y el modo de ser de Soria: «*Nada hay en ella que asombre, o que brille y truene; todo es allí sencillo, modesto, llano*». No se tomen estas notas características como señales de debilidad o de apocamiento. Precisamente fue en Soria donde comprobó que esta maestra de castellanía «*nos invita a ser lo que somos, y nada más. ¿No es esto bastante?... Hay un breve aforismo castellano —yo lo oí en Soria por primera vez— que dice así: 'Nadie es más que nadie'. Cuando recuerdo las tierras de Soria, olvido algunas veces a Numancia, pesadilla de Roma, y a Mío Cid Campeador que las cruzó en su destierro, y al glorioso juglar de la sublime gesta, que bien pudo nacer en ellas; pero nunca olvido al viejo pastor de cuyos labios oí ese magnífico proverbio donde, a mi juicio, se condensa toda el alma de Castilla, su gran orgullo y su gran humildad, su experiencia de siglos y el sentido imperial de su pobreza; esa magnífica frase que yo me complazco en traducir así: por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre*».

En Soria tomó conciencia Machado de la cultura pastoril y campesina:

«*Siempre que trato con hombres del campo, pienso en lo mucho que ellos saben y nosotros ignoramos, y en lo poco que a ellos importa conocer cuanto nosotros sabemos*». En el campo, en la calle, en el mercado tuvo Machado las mejores clases de todos esos saberes esenciales.

En una carta a Unamuno, puede leerse: «*Yo he vivido cuatro años en París y algo, aunque poco, he aprendido allí. En seis años rodando por poblachones de quinto orden, he aprendido infinitamente más. No sé si esto es para todos, pero cada cual es hijo de su experiencia*».

En este aspecto, Machado sintetizó en fórmula breve y luminosa su experiencia soriana, escribiendo: «*Soria es una escuela admirable de humanismo, de democracia y de dignidad*».

Cuando Leonor murió, comprendió que ya no le era posible continuar en Soria. Su recuerdo le acompañó hasta su muerte.

Varios fueron los adioses que Machado le dedicó. Quiero dar, como final, uno muy breve, estremecido y acaso el menos conocido:

Adiós, campos de Soria
donde las rocas sueñan,
cerros del alto llano,
y montes de ceniza y de violeta.
Adiós, ya con vosotros
quedó la flor más dulce de la tierra.
Ya no puedo cantaros,
no os canta ya mi corazón, os reza...